



GUÍA DO PEREGRINO. 77

Reflexións para vivir o
Año Xubilar da Franqueira

María, nuestra Señora de la paz

Mons. Juan Luís Martínez Lorenzo

Vicario general de la Diócesis de Tui-Vigo

Párroco de Nuestra Señora de Fátima, Vigo

María, Reina de la paz.

Durante la Primera Guerra Mundial, en el año 1917, el papa Benedicto XV, añadió a las Letanías lauretana la invocación “Reina de la paz”. Al acabar la guerra, el Papa encargó, como acción de gracias, una estatua de la *Regina Pacis* para la Basílica de santa María la Mayor de Roma. La Virgen aparece sentada en un trono, con una nota de tristeza en su rostro, sosteniendo al Niño con la mano derecha y con su brazo izquierdo alzado, como conteniendo, con su mano abierta, el azote de la guerra.

La inclusión de la letanía, además de su oportunidad histórica y sentido profético, tiene profundas raíces evangélicas.

María es la Reina de la paz porque, al concebir en su seno al “Príncipe de la Paz”, Nuestro Señor Jesucristo, contribuyó como nadie en la reconciliación entre Dios y los hombres, y entre los hombres entre sí. María es la Reina de la paz porque se mantuvo en pie junto a la Cruz del Señor, que pacificó con su sangre el universo. En Pentecostés, María aparece como “alumna de la paz”, según una bella expresión de la liturgia, que esperó, junto con los apóstoles, el Espíritu de la paz y de la unidad. María es Reina de la paz porque intercede constantemente ante Dios para que nos conceda el don de la paz.

El mensaje de Fátima.

En el mismo año de la proclamación de María como Reina de la paz, concretamente el 13 de mayo de 1917, tuvo lugar la primera aparición de la Virgen a los niños de Fátima. Esta manifestación de Nuestra Señora fue precedida por tres presencias del Ángel quien, desde el primer momento, se identificó como el “Ángel de la Paz”. Anunciaba así el mensajero de Dios lo que iba a ser una constante del mensaje de la Virgen en Fátima. Ya en la primera aparición María habla de la necesidad de implorar el don de la paz: “Rezad el rosario –le dice a los tres pastorcitos- todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra”.

El papa Juan Pablo II, secundando la invitación de María Santísima a rezar, nos habla, en la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16-10-2002), de la “urgencia de implorar de Dios el *don de la paz*”. Y concreta: “El rosario ha sido propuesto muchas veces por mis predecesores y por mí mismo como *oración por la paz*... No se puede, pues, recitar el rosario sin sentirse implicados en un compromiso concreto de servir a la paz”.

La paz es don de Dios, y las fuerzas necesarias para actualizarlo se sacan de la oración. “En la misa –dice Benedicto XVI- oramos con la Iglesia: “Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días”. Que esta sea nuestra súplica en este momento: “Líbranos de todos los males y concédenos la paz”. Danos, Señor, la paz hoy” (Homilía, 23-7-2006).

Actualidad del mensaje de Fátima.

El mensaje de Nuestra Señora en Fátima no ha perdido actualidad. La historia y la fe van siempre unidas. La fe se desarrolla en la historia, y la historia necesita de la fe. Y tanto en una como en otra está siempre presente María, como orientación, como luz, como Madre que se aparece a unos niños pequeños y les habla de lo esencial, de las verdades del evangelio: fe, esperanza, amor, penitencia.... ¡Y paz!

La Constitución pastoral «*Gaudium et spes* afirma que la humanidad no logrará «construir un mundo más humano para todos los hombres en toda la extensión de la tierra, sin que todos se conviertan con espíritu renovado a la verdad de la paz» (n. 77).

El momento histórico en el que se promulgó la constitución *Gaudium et spes*, el 7 de diciembre de 1965, no era muy diferente al nuestro. Entonces, como por desgracia también en nuestros días, tensiones de todo tipo se perfilaban en el horizonte mundial. Ante las situaciones de injusticia y de violencia que siguen oprimiendo diferentes zonas de la tierra, ante las nuevas y más insidiosas amenazas contra la paz --el terrorismo, el nihilismo y el fundamentalismo fanático--, ¡se hace más necesario que nunca trabajar juntos por la paz!, ¡orar unidos por la paz!

Jornadas Mundiales de la paz.

La Jornada Mundial de la Paz nace de manos de María: se instituye cuando la Iglesia celebra la solemnidad de la Inmaculada Concepción, y se celebra el día de la solemnidad de María Madre de Dios.

El 8 de diciembre de 1967, exactamente dos años después de la clausura del Concilio Vaticano II, el papa Pablo VI enviaba un mensaje a todos los hombres de buena voluntad, invitando “a celebrar el “Día de la Paz” en todo el mundo, el primer día del año civil, 1 de enero de 1968”. Y añade: “Sería nuestro deseo... que sea la paz, con su justo y benéfico equilibrio, la que domine el desarrollo de la historia futura”.



Esta genial iniciativa de Pablo VI fue asumida por Juan Pablo II, quien en su primer mensaje decía: “A todos, cristianos, creyentes, hombres de buena voluntad, os digo: no tengáis miedo de apostar por la paz, de educar para la paz. La aspiración a la paz no queda nunca decepcionada. El trabajo por la paz, inspirado por la caridad que no pasa, dará sus frutos. La paz será la última palabra de la Historia”.



Benedicto XVI comenta la expresión “la verdad de la paz” del Concilio Vaticano II (cf GS 77), y dice: “La paz no puede reducirse a la simple ausencia de conflictos armados, sino que debe entenderse como “el fruto de un orden asignado a la sociedad humana por su divino Fundador”, un orden “que los hombres, siempre sedientos de una justicia más perfecta, han de llevar a cabo” (ib 78). En cuanto resultado de un orden diseñado y querido por el amor de Dios, la paz tiene su verdad intrínseca e inapelable, y corresponde a un anhelo y una esperanza que nosotros tenemos de manera imborrable” (*Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 8-12-2005).

A lo largo de los 45 años que lleva celebrándose la Jornada Mundial de la Paz , el conjunto de los mensajes pontificios que Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI dirigieron a la humanidad constituyen todo un cuerpo de doctrina católica sobre la paz y la convivencia humana internacional.

La paz, don de Dios y tarea del hombre.

a/ **La paz es un don de Dios** que nos viene por Jesucristo, el Príncipe de la paz. Cristo se hizo hombre para traer su paz a los hombres de buena voluntad. San Pablo no sólo afirma que Jesucristo nos ha traído la paz, sino también que él es nuestra paz (cf Ef 2, 14). Desde Cristo podemos descubrir aquellas dimensiones de la paz que permiten promover un auténtico humanismo integral.

* Se trata de *paz con Dios* viviendo según su voluntad, en diálogo constante con El. Esto permite vencer ese germen de oscuridad y de negación de la paz que es el pecado en todas sus formas: el egoísmo y la violencia, la codicia y el deseo de poder y dominación, la intolerancia, el odio y las estructuras injustas.

* Se trata de *paz interior con uno mismo* porque la paz no puede alcanzarse únicamente desde fuera con estructuras. La paz implica abrir nuestro corazón a Dios. En primer lugar la paz se debe construir en los corazones. Ahí es donde se desarrollan los sentimientos que pueden alimentarla o, por el contrario, amenazarla, debilitarla y ahogarla.

* Se trata de *paz exterior con el prójimo*. El que trabaja por la paz, según la bienaventuranza de Jesús, es aquel que busca el bien del otro, el bien total del alma y el cuerpo. Es fruto del don recíproco, de un enriquecimiento mutuo, gracias al don que brota de Dios, y que permite vivir con los demás y para los demás.

* Se trata de *paz con toda la creación*. “Si quieres promover la paz, protege la creación”, fue el lema de la XLIII Jornada mundial de la paz. Quien sabe reconocer en el cosmos los reflejos del rostro invisible del Creador tendrá mayor amor a las criaturas, mayor sensibilidad hacia su valor.

b/ La paz, don de Dios, **es encomendada al esfuerzo humano**. La paz es un compromiso que responde al deseo natural de toda persona, y expresa la vocación de los hijos de Dios: «*Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios*» (Mt 5,9).

La paz no es un sueño, no es una utopía: la paz es posible. Se necesita un «empuje» de valentía y de confianza en Dios y en el hombre para optar por recorrer los caminos de la paz.

* Recorremos el camino de la paz si amamos, defendemos y promovemos la **vida en su integridad**.

* Recorremos el camino de la paz si promovemos la unión de un hombre y una mujer como la estructura natural del **matrimonio**. La paz del mundo depende de la familia. La familia es la primera e insustituible educadora de la paz. Atacar el bien de la familia es atacar la paz.

* Recorremos el camino de la paz si defendemos **el derecho al trabajo**, como bien fundamental para la persona, la familia y la sociedad. La pobreza, la desigualdad entre ricos y pobres, es una amenaza a la paz.

Que María, Reina de la paz, nos ayude a todos, en las diversas vocaciones y situaciones de la vida, a ser testigos de la paz que Cristo nos ha dado y nos ha dejado como misión a realizar.



Mons. Juan Luis Martínez Lorenzo
Vicario general de la Diócesis de
Tui-Vigo
Párroco de Nuestra Señora de
Fátima, Vigo

